

En caída libre

Nora Torres*

Quedamos sumidos en el miedo cuando el estudio histopatológico le dio nombre y apellido a nuestra incertidumbre: glioblastoma multiforme de grado 4. Nos esperaban tres meses en caída libre.

Mamá había comenzado a deslizarse por la pendiente resbaladiza del deterioro cognitivo hacia tiempo, pero el declive se intensificó tras la craneotomía y la resección parcial del tumor. La presencia maligna volvió a invadir la sustancia blanca y el edema se extendió rápidamente, pese a dosis masivas de corticoides, alcanzando límites literalmente demenciales.

* Dirección para correspondencia: reach.nora@gmail.com.

Viaje nocturno

Joaquín Valls Arnau*

Transcurrían los últimos días de 1965. Nunca habíamos viajado tan lejos; a decir verdad, yo nunca me había movido de nuestra pequeña ciudad. El expreso tenía prevista su salida a las nueve de la noche. Para comer durante el trayecto, llevábamos carne con salsa en una fiambra de aluminio y cuatro bocadillos con embutido, envueltos en papel de estraza. Mi madre, inmóvil en el andén, lloraba. Ana, a su lado, abrigada en el interior del cochecito, asomaba sus ojos y su naricita y nos sonreía. Mi padre también lloraba en silencio; lo supe por el ligero temblor de sus brazos mientras me abrazaba con fuerza. Cuando se oyó el pitido, a través de la ventanilla de guillotina le entregó a mamá su mechero de plata, regalo de boda, y le prometió que no volvería a usarlo jamás. Yo les miraba sin decir ni hacer nada, mientras el tren, fatigosamente, se ponía en movimiento.

Al llegar a la frontera, ya de madrugada, tuvimos que bajarnos y cambiar de tren, pues según supimos por otro viajero el ancho de vía era diferente. Tras el control de pasaportes por parte de los gendarmes, subimos a un coche cama muy moderno. Nos pusimos el pijama y mi padre, sentados ambos en la litera de abajo, empezó a explicarme un cuento que se desarrollaba en un país con extensos prados, vacas manchadas y relojes de cuco, cuyo final no pude escuchar ya que al cabo de unos minutos me quedé dormido sobre su regazo al son del leve tran-tran.

Alcanzamos la segunda frontera hacia las siete, todavía de noche. De nuevo revisión de documentos, sin bajar del

En su firme y letal avance, la afasia, la apraxia, la agnosia, nos la arrebatando un poco cada día. Las luces se iban apagando, las puertas se iban cerrando. La desasosegada inquietud inicial fue cediendo terreno irremediablemente y terminó por sucumbir a la acinesia.

Y una mañana, tras horas de respirar agitadamente, con la piel cianótica, febril, mamá abandonó la batalla. Otra vez serena, bella, pero dolorosamente ajena.

vagón, pero en esta ocasión mucho más severa, a cargo de unos policías antipáticos con uniforme gris, que nos despertaron sin ningún miramiento. Y un último cambio de tren, al más nuevo de los tres, limpio como una patena y habilitado con mesitas plegables que yo no cesaba de subir y bajar, embelesado. En la estación, junto a un rótulo indescifrable, colgaba otro de mayor tamaño, muy bonito, con una cruz blanca sobre fondo rojo. A no mucha distancia emergían, imponentes, las siluetas de las primeras montañas nevadas que tenía ocasión de contemplar en mi vida. Ya amanecía.

Al poco rato llegamos a nuestro destino. Habíamos cruzado sobre raíles medio continente sin haber visto apenas nada. Desde la estación tomamos un taxi que conducía un gallego de mediana edad. Durante el recorrido se interesó por el motivo de nuestro viaje en aquella época del año y nos explicó que tenía morriña de su tierra y de su mar; yo, sin entender bien lo que nos quería decir, deduje por su semblante que esa palabra definía algún tipo de pérdida dolorosa. El hombre se negó a cobrarnos.

Empujé, de la mano de mi padre, la puerta del edificio, que mostraba en la fachada una gran cruz de color rojo sobre un cuadrado blanco, junto a otra extraña palabra que sí logré retener: *Kinderspital*. En aquel instante me pareció distinguir, trazada en el suelo, una línea divisoria indeleble y sin embargo traslúcida, que seguramente —pensé— franqueaba el acceso a otro mundo, habitado en exclusiva por niños infelices.

* Funcionario y gerente de un organismo público, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: vallsaj@diba.cat.

